

miento de lo verdadero y de lo falso, y que parecen haber sido inventadas expresamente para extinguir, para ahogar la llama de la razón humana. La piedad, la religión han llegado á ser un cúmulo de absurdos misterios; y sucede que los que más desprecian la razón, los que la desechan, los que rechazan el entendimiento humano como corrompido en su esencia, son justamente, ¡cosa prodigiosa!, son aquellos á quienes se cree iluminados por la luz divina,, (1). El retrato no es lisonjero, pero está copiado del natural. Si, el catolicismo es una conjuración contra la razón, contra el pensamiento; sus misterios, como dice Espinosa, "son absurdos errores, horribles invenciones,,. Si, como dice también nuestro filósofo, la Iglesia católica parece haber sido fundada "para engañar á los hombres y para encadenar al espíritu humano,, (2). Hay más aún: toda mentira supone un mentiroso, y no se miente por el puro placer de mentir: si la Iglesia conoce y practica también el acto de engañar, es porque quiere explotar la estupidez y la ignorancia en provecho de su inmortal ambición! ¡Hé aquí el fruto de la superstición del hombre-Dios! ¡Hé aquí adónde conduce el Dios de Bossuet!

Hay, pues, error por ambas partes. La superstición cristiana relega los espíritus libres al panteísmo ó á una doctrina más falsa todavía, el materialismo. Preciso es que la filosofía reobre contra esta funesta tendencia. Para esto debe desechar la prudencia demasiado aplaudida de Descartes é imitar á Espinosa, proclamando atrevidamente sus convicciones, y es necesario que estas convicciones lleguen á ser la regla de la vida. Solamente rechazando el elemento supersticioso del cristianismo se hará oír de los libres pensadores y podrá volver á traerlos á la fe. Mientras quiera conciliar lo que es inconciliable, una religión fundada en la encarnación de Dios con las enseñanzas de la razón, fracasará vergonzosamente, y seguirá no ejerciendo influencia en el desarrollo religioso de la humanidad. Insistimos en la filosofía del siglo XVII, cuya pretensión era conciliar la fe revelada y la razón, á fin de poner esta verdad en completa evidencia. Solamente hay que exceptuar á Espinosa. Bajo este punto de vista hay que concederle el primer lugar entre los libres pensadores.

(1) ESPINOSA, *Tractatus, Prefatio*.
(2) ESPINOSA, *Epist. LXXIV*.

§ III.—Malebranche.

I

Dejamos las alturas de la libre especulación para descender á las profundidades de la filosofía cristiana. Si alguna vez han debido extrañarse dos palabras de verse reunidas, son la filosofía y el cristianismo. Un cristiano sincero, un sacerdote, un individuo del oratorio que pasa su vida en filosofar, Malebranche, pretenderá darnos, sin embargo, la clave de esa cuadratura del círculo que consiste en conciliar el libre pensamiento con una religión que no quiere ni pensamiento ni libertad: ¿qué digo? una religión para quien la libertad de pensar es un crimen. Descartes mostraba tanto respeto hacia las verdades reveladas que no se atrevía á tocarlas. ¿Era tal vez por efecto de esa prudencia que tanto gusta á M. Cousin? Su discípulo, lleno de confianza, en la filosofía cartesiana, aplica su doctrina á la teología. No se dirá que el filósofo francés no está á la altura de su papel; es difícil tener más ingenio, más imaginación, ni más atractivo en la dicción. Si Malebranche ha fracasado es porque intentaba un imposible. Esto no le ha impedido el hallar muchos imitadores en nuestros tiempos; se ha trabajado á porfía en construir una filosofía cristiana ó un cristianismo filosófico. Vamos á ver la obra del maestro: su suerte nos dirá la que puede esperar su escuela.

Malebranche traslada á la filosofía el tono de oráculo que es habitual á los teólogos. Estos señores están tan habituados á ser el órgano de la verdad absoluta, que se creen los confidentes de Dios; afirman y no hay más que decir. Oigamos á Malebranche: "La verdadera religión y la verdadera filosofía son idénticas,, (1). No lo dudamos. Pero ¿dónde está esa verdadera religión? Claro está que es el cristianismo, y entre las sectas cristianas, el catolicismo, porque el que habla es un sacerdote católico. En cuanto á la verdadera filosofía, es evidentemente la de Descartes. Hoy el cartesianismo no pasa por la verdad absoluta. ¿No sucederá lo mismo con la verdadera religión? "Nuestra fe, continúa Malebranche, es completamente racional en su principio; no debe su fundamento á las preocu-

(1) MALEBRANCHE, *Tratado de moral*, t. 2, 11.

paciones, sino á la recta razón,, (1). Tantas palabras como oráculos, tantos oráculos como errores. ¿Cuál es el principio de la fe cristiana? El Dios-hombre, es decir, el círculo que se transforma en cuadrado. Hé aquí lo que es completamente racional. Si esta creencia se ha extendido, es gracias á los pretendidos milagros; ¡esto no se llama una preocupación, sino la recta razón! Ya tenemos el secreto de la filosofía cristiana; no hay más que llamar *recta razón* á lo que vulgarmente se llama *superstición*, y en seguida afirmar en alta voz y con seguridad que la fe cristiana es completamente racional. Hé aquí la esencia: palabras y palabras. Después de esto, se pone á buscar una explicación cualquiera de los dogmas, cosa que no es difícil teniendo una imaginación como la de Malebranche.

Ante todo es preciso probar que la razón y la fe son idénticas. Nada más sencillo: "No puedo creer nunca, dice Malebranche, que el verdadero filósofo sea opuesto á la fe,,. Esto es hablar siempre como un oráculo y como un teólogo. Nuestro filósofo cristiano está convencido de antemano, lo cual hace que no se muestre riguroso en las pruebas: "Sea que Jesucristo, según su divinidad, hable á los filósofos en lo más íntimo de ellos, sea que instruya á los cristianos por la autoridad visible de la Iglesia, no es posible que se contradiga. La verdad nos habla de diversas maneras, pero ciertamente nos dice siempre la misma cosa,,. Si, indudablemente, suponiendo que sea la verdad la que habla, es evidente que no puede decir jamás más que lo verdadero. Falta probar que la verdad habla por medio de la autoridad visible de la Iglesia, de la Iglesia católica, claro está. Esto es mucho menos evidente y bien merecería probarse. Hace ya cerca de dos mil años que estamos esperando la prueba. No han faltado defensores á la Iglesia, pero ¡cosa singular! cuanto más demuestran, menos se cree que Jesucristo es Dios y que Dios habla mediante la autoridad visible de la Iglesia. ¡Cosa más singular aún! Ni siquiera se ha podido saber nunca lo que es esa Iglesia, órgano de la verdad; no se la encuentra. ¡Estamos adelantados! ¿Se ha demostrado mejor que *Jesucristo habla á los filósofos en lo más íntimo de su conciencia*? ¿Cuáles son estos filósofos? Si por filósofos se entiende los libres pensadores, éstos seguramente no oyen la voz de Jesu-

(1) MALEBRANCHE, *Tratado de moral*, t. 1, 14, 3.

cristo. Entre ellos se encuentra el divino Platón, el profundo Aristóteles. Malebranche no atiende á esta filosofía, que no es el órgano de Jesucristo: la falsa filosofía, dice, es la que está en oposición con la religión. Y ¿cuál es esa falsa filosofía? Es la filosofía de los paganos, la filosofía fundada en la autoridad humana, en una palabra, todas las opiniones no reveladas (1). La verdadera filosofía es, pues, la revelada. No conocemos más revelación que la Sagrada Escritura; luego la Sagrada Escritura encierra la verdadera filosofía; todas las demás son falsas, empezando por Platón y Aristóteles. Nosotros creíamos que la filosofía procedía de la razón. ¡Error! La razón es una autoridad humana, y toda filosofía fundada sobre una autoridad humana es falsa. ¿Qué nos queda? La filosofía revelada. Ahora comprendemos la identidad de la filosofía y de la religión; es tal, que Malebranche se equivoca al distinguirlas: no hay más filosofía que el catolicismo; es decir, que no hay filosofía.

Creemos de buen grado que los filósofos cristianos admiren este rasgo de ingenio; nosotros no vemos en él más que un perfecto galimatías. La palabra es dura, pero no hacemos más que repetirla. Bossuet la pronunció el primero, y jamás se ha dirigido censura más profunda. Estamos aún al principio de la sinrazón que se llama filosofía cristiana. El principio promete, y Malebranche cumple su promesa. Á juzgarle por su punto de partida, parece que es un ortodoxo consumado. En efecto, es el tipo de esos filósofos á quienes Jesucristo habla en lo más íntimo de su conciencia. Ahora bien, Jesucristo no puede decirle más que lo que dice la fe. Bajo este punto de vista, Malebranche debe ser la ortodoxia personificada. Sin embargo, es discípulo de Descartes, y el maestro, á pesar de toda su prudencia, ha sido rechazado por los ortodoxos, y es tachado hoy como el patriarca del panteísmo. ¿Qué piensa Malebranche de esta doctrina? Ha venido después de Espinosa; la semilla ha producido sus frutos. Á juzgar por las palabras del sacerdote del oratorio, estaba á mil leguas del panteísmo: su indignación se manifiesta en injurias impropias de un filósofo que escribe bajo la inspiración de Jesucristo: "Ese miserable Espinosa, dice, ha creído que era imposible la creación, y, por tanto, gen

(1) MALEBRANCHE, *Coloquios sobre la Metafísica* (Obras, t. 1, página 84 ed. Charpentier).

qué extravíos no ha incurrido? En otro lugar le trata de *espíritu perverso* (1). Dejemos á un lado las injurias; son, sin duda, la expresión exagerada de una profunda convicción. Puesto que Malebranche censura con tanta violencia la doctrina que confunde todo en Dios, preciso es que sea partidario decidido de la individualidad humana. Aquí es donde la filosofía cristiana debe aparecer en todo su esplendor. Pues bien, trabajo cuesta el creerlo. Malebranche, que trata á Espinosa de *miserable*, porque es panteísta, es á su vez también panteísta! La contradicción es tan chocante á la par que tan odiosa, que nos vemos precisados á citar pruebas para que no se nos acuse de calumniar al más ilustre de los filósofos cristianos. Nuestras autoridades no son sospechosas, y para los que conozcan; aunque sea poco, la historia de la filosofía, son inútiles: todo el mundo está hoy conforme en decir que Malebranche es el hermano carnal de Espinosa. Vamos á dejar la palabra á los maestros de la ciencia.

Sabido es que el principio fundamental de la filosofía de Malebranche es que toda eficacia pertenece solamente á Dios; la criatura no obra sobre la criatura; lo que consideramos como una acción no es más que una *ocasión*. De donde se sigue, dice M. Cousin, que es Dios quien únicamente obra en nosotros, que él es el actor único en la naturaleza y en el hombre, que el hombre no es el que *hace*, sino *lo hecho*, para servirnos de la enérgica expresión de Malebranche. Pero si el hombre no es una causa, no tiene una existencia propia y verdadera; Dios es la única causa y la única sustancia. Lo cual es puro espinosismo. La teoría de las ideas de Malebranche, y su célebre visión en Dios, nos conducen á él igualmente, porque anulan el mundo exterior, al menos en el sentido de que no obra sobre nosotros; nosotros no sabemos ni aun si existe, no le comprendemos más que por la idea que de él tenemos, y esta idea se funda en Dios. ¿No es esto decir que solamente Dios existe? ¿Y no es éste el primer axioma de Espinosa? Triste es decirlo, Malebranche llegó hasta á servirse de la expresión poco admitida de *sustancia* hablando de Dios; de modo que tanto su lenguaje como su pensamiento son casi idénticos con la doctrina de un hombre á

quien trata de *miserable* y de *espíritu perverso*. Se lee en sus *Conferencias de metafísica* que en la *sustancia de Dios es donde todo se encuentra*, y que *su obra está en él y subsiste en su sustancia*. Hé aquí la unidad absoluta, la sustancia única de Espinosa: el alma y el mundo son absorbidos en Dios (1). ¿Qué falta en este espinosismo más que el nombre de Espinosa?

Tampoco ha faltado á Malebranche el nombre mal reputado del *miserable*. Un gran filósofo le llama el *Espinosa cristiano*. La frase de Hegel ha hecho fortuna; M. Cousin la ha repetido (2). Caracteriza perfectamente la filosofía cristiana: ¿cómo ha podido un pensador soñar en armonizar una religión que se funda en la personalidad de un Dios hecho hombre con una filosofía que niega toda personalidad, tanto la de Dios como la del hombre? Preciso es acudir á la inconsecuencia para explicar cómo dos doctrinas completamente opuestas han podido reunirse en una sola cabeza. Hasta la inconsecuencia es difícil de concebir. Se comprende que los relictos de la edad media hayan sido á la vez filósofo y cristianos: la palabra panteísmo apenas se había pronunciado, y no se conocía su funesta trascendencia. Pero después de Espinosa no había ya medio de forjarse ilusiones; era, sobre todo, imposible para un pensador que criticaba al filósofo holandés. Si, pues, Malebranche, á pesar de su horror hacia el espinosismo, es un *Espinosa cristiano*, es una prueba completamente evidente de que no tenía ninguna idea clara, ni en filosofía, ni en religión. Es el verdadero tipo de los que quieren conciliar el cristianismo y la filosofía: se pagan de palabras. En este arte brilla Malebranche. ¿Cómo se llama un flujo de palabras que no tiene sentido? Bossuet lo ha dicho, es un galimatías. Vamos á ver si la palabra es demasiado dura.

II

Malebranche es cristiano, y jamás se ha puesto en duda la sinceridad de sus creencias. Pero si es incontestable su buena fe, también es indudable que destruye los fundamentos de la fe cristiana.

(1) COUSIN en el *Diario de los Sabios*, Febrero, 1861.—DAMIRÓN, *Historia de la filosofía en el siglo XVII*, t. I, pág. 494 y siguientes.

(2) HEGEL, *Geschichte der Philosophie*, t. III, p. 411.—COUSIN, *Fragments*, t. II, p. 167.

Acabamos de oír al filósofo cristiano criticar el espinosismo, cuando rebosa en él el panteísmo. Esta misma contradicción se ve en sus opiniones teológicas. El siglo XVII se vió agitado vivamente por los debates de los jansenistas y de los jesuitas sobre la gracia. Malebranche escribió un libro sobre esta materia. ¿No debíamos esperar que un filósofo, un individuo del oratorio, tuviese una opinión decidida sobre el dogma fundamental del cristianismo? Sin embargo, el célebre Arnaldo le escribió: "¿Quién antes que vos, queriendo explicar la gracia de Jesucristo y el mérito de las buenas obras, ha mezclado errores tan opuestos como los de Lutero y de Pelagio?... Vuestra doctrina es de Lutero y de Pelagio," (1). Jamás se ha dirigido más sangrienta censura á un filósofo que se creía teólogo muy ortodoxo. Lutero, digan lo que quieran los católicos, era el verdadero discípulo de Agustín; no cometía más que un error, y era el sobrepujar á su maestro; ahora bien, ¿quién no sabe que el ilustre Padre de la Iglesia era adversario encarnizado de Pelagio? ¿Quién no sabe que en su larga lucha con el pelagianismo el gran doctor desarrolló su doctrina sobre la gracia? El debate era capital, porque se trataba de la existencia misma del cristianismo. Pelagio negaba ó aminoraba el pecado original, hasta el punto de que la encarnación de Cristo se veía comprometida. Para salvar el cristianismo, San Agustín exageró la falta del primer hombre, hasta tal punto que se le ha acusado de destruir la libertad. Lutero, más lógico ó más exagerado que su maestro, la niega abiertamente. ¿Cómo un filósofo que se llama cristiano ha podido conciliar á Lutero, que niega la libertad, con Pelagio, que la exalta? Sin embargo, la acusación de Arnaldo era fundada. Vamos á oír á Malebranche y á sus contemporáneos más ortodoxos; lo que resultará de nuestra investigación será que el filósofo francés concilia el fuego con el agua lo mismo en religión que en filosofía.

¿Qué es lo que San Agustín opone incesantemente á Pelagio? Que la venida de Cristo no se concibe más que porque la naturaleza del hombre se haya corrompido por el pecado original; en efecto, ¿para qué un reparador, si no hay nada que reparar? El Padre de la Iglesia pinta el pecado con los más negros colores; cuanto más culpable es el

hombre, más grande es el beneficio de su divino Salvador. Malebranche admite el pecado y la encarnación del Hijo de Dios, pero echando por tierra la doctrina de San Agustín: "El pecado del primer hombre, que ha traído al mundo los males que acompañan á la vida, y la muerte que le sigue, era necesario, á fin de que los hombres, después de haber hecho sus pruebas en esta tierra, fuesen legítimamente admitidos en aquella gloria, cuya variedad y orden harán la belleza del mundo futuro... Ningún medio para hacer merecer á los hombres la gloria que un día han de poseer era comparable al de sumirlos todos en el pecado, para concederles la misericordia por medio de Jesucristo... ¿No parece que el pecado es el mayor bien que ha podido sobrevenir á los hombres? Comprendemos el objeto del filósofo; quiere reconciliar la razón con un dogma que se opone á la razón; quiere hacernos ver un beneficio allí donde los enemigos del cristianismo no ven más que crueldad. Pero no tuvo más acierto como filósofo que como cristiano. Si la doctrina de San Agustín hace desempeñar á Dios un papel odioso, la explicación de Malebranche le añade el absurdo y casi el ridículo. ¡Cómo! ¡El mejor medio de hacer merecer á los hombres la gloria celestial es empezar por condenar al mayor número, y luego salvar algunos de ellos por la gracia de Jesucristo! Jesucristo es Dios; luego es Dios quien, por salvar á algunos elegidos, pierde á la masa del género humano, y esto para hacer admirar su misericordia! Este Dios no es solamente el Dios verdugo de la teología ortodoxa, es, además, un ser soberanamente egoísta, porque por él se ha visto todo el género humano envuelto en la caída de Adán, para poder así manifestar su gracia y su bondad infinita. ¡Y es él quien lo ha querido así, y para esto ha creado los hombres! ¡Admirad, pues, y amad á un Dios que condena á las tres cuartas partes del género humano, para que la otra cuarta parte restante se salve de la mejor manera! ¿No tiene razón Bossuet en llamar á esto galimatías?

Ya conocemos las escapatorias de la teología para conciliar la condenación de la inmensa mayoría de los hombres con la bondad divina. También pudiera calificárselas de galimatías. Para hacer comprender al lector los errores de Malebranche, necesitaríamos entrar en todas las sutilezas de la gracia y mostrar que el filósofo reemplazó el gali-

(1) DAMIRÓN, *La filosofía en el siglo XVII*, t. II, p. 572.

matias ortodoxo por un galimatías que se llama filosófico y que desagradó á todo el mundo; no satisfizo á la fe, puesto que chocaba con ella; y menos aún á la razón, que nada tiene de común con la fe católica. Limitémonos á referir la severa censura de Fenelón; el lector preferirá creerle sobre su palabra, á meterse en el laberinto de absurdos que los teólogos han inventado para explicar aquellas horribles palabras: *Muchos son los llamados, pero pocos los escogidos*. El dulce, el indulgente Fenelón acusa á Malebranche de destruir todo el sistema de la gracia, le acusa de destruir el misterio de la predestinación, le acusa de dar un mentis á San Pablo, que sobre este insondable misterio exclama: ¡Oh profundidad de la sabiduría de Dios! En fin, Fenelón acusa á Malebranche de caer en el error de los semipelagianos al enseñar que las disposiciones naturales de los hombres determinan al alma de Jesucristo á rogar más bien por unos que por otros (1). En definitiva, el filósofo cristiano, que había proclamado como un axioma la identidad de la fe y de la razón, queda convicto de destruir la fe.

¡Valía la pena de rechazar la falsa filosofía de los libres pensadores para llegar al mismo resultado! Esa falsa filosofía tiene al menos el mérito de mantener la independencia de la razón frente á la fe; iluminada por esta luz verdaderamente divina, se guarda bien de condenar á los hombres, á quienes Dios ha creado para la vida y no para la muerte. La filosofía cristiana, por el contrario, es tan absurda á los ojos de la razón como á los de la fe. Porque tiene que mantener las creencias de la Iglesia, y esas creencias, que por otro nombre se llaman misterios, son un reto al buen sentido. Oigamos á Malebranche. Se le opondrá que el Salvador deja perecer á los hombres á quienes ha venido á salvar, ó al menos que de ciento no salva más que uno. La objeción es seria; para un filósofo cristiano es una bagatela: "Jesucristo ha muerto por todos los hombres, aun por aquellos que perecen todos los días. ¿Por qué los pecadores no siguen los consejos de Jesucristo? ¿por qué no se preparan á recibir la lluvia del cielo? Si estas palabras tienen algún sentido, quieren decir que todo el mundo puede salvarse. Tal es efectivamente la opinión de la filosofía. Pero ¿es también la del filóso-

(1) DAMIRÓN, *La filosofía del siglo XVII*, t. II, p. 574, 575.

fo cristiano? No se toma el trabajo de decirlo y no se atrevería á pensarlo, porque sería semipelagiano, y, por consiguiente, condenado. Esto no le impide afirmar que Dios quiere de veras que todos los hombres se salven. Tal es la fórmula. Perfectamente. Pero si Dios quiere que todos los hombres se salven, ¿por qué no los salva? ¿Qué Dios es ese que quiere de veras y que no realiza lo que quiere? El Dios de los filósofos no cristianos, el Dios de la falsa filosofía, es más lógico y más caritativo: quiere que se salven todos los hombres, y los salva (1).

Por más que diga Malebranche, es pelagiano; Fenelón y Arnaldo lo han probado hasta la evidencia. Pero es pelagiano inconsecuente, como es también filósofo inconsecuente. La inconsecuencia y la filosofía cristiana son sinónimos. Pelagio reivindica atrevidamente la libertad del hombre; es uno de los más enérgicos defensores de la individualidad humana: este es su título de gloria. Puesto que Malebranche es pelagiano, debería también ser partidario decidido de la libertad. Pero ¿cómo había de reconocer la libertad siendo panteísta? No ha costado trabajo á Fenelón el probar que nuestro pelagiano ataca la libertad. Si, como sostiene, el orden inviolable es de la esencia misma de Dios, no hay nada posible más que lo que el orden permite; por consiguiente, que lo que es. En efecto, este orden inviolable es invencible; luego Dios es incapaz de querer y de poder nada que sea contrario á él; y como Malebranche añade á este primer principio el de que el orden exige que Dios haga siempre lo más perfecto que puede producir, se deduce que todo lo que está por bajo de lo más perfecto es absolutamente imposible. De donde se sigue que Dios no es libre y sus criaturas tampoco, puesto que no pueden obrar en ningún sentido contra la determinación del orden.

Arnaldo creyó deber refutar el *Tratado de la naturaleza y de la gracia* en que Malebranche trataba de explicar la fe por la filosofía. Escribió á Nicole mientras estaba ocupado en su trabajo: "Cuanto más avanzo, más me admiro de los trastornos que estas imaginaciones metafísicas introducen en la religión.", Arnaldo, se dirá, es sospechoso como jansenista. Concedido, pero Bossuet no lo

(1) Véase sobre todo este debate *El espíritu de M. Arnaldo*, tomo I, p. 80 y siguientes.

es. Es el último Padre de la Iglesia: él nos dirá adónde conduce la filosofía cristiana de Descartes y de sus discípulos. La primera lectura del *Tratado de la gracia* le inspiró, según dice, un verdadero horror: tan falsa, perjudicial y funesta le pareció la doctrina de Malebranche. Aquellas novedades filosóficas le asustaron. Lanzó un grito de angustia, y aquel grito de alarma era profético. En una carta á un discípulo del filósofo del oratorio escribe esta dura frase que nosotros hemos repetido: "No me acuerdo haber leído jamás un modelo de galimatías más completo.", Bossuet no se hubiera tomado el trabajo de censurar el lenguaje ininteligible del Padre Malebranche, si éste no hubiera sido discípulo de Descartes: "Yo veo, dice, no solamente en este punto de la naturaleza y de la gracia, sino también en otros muchos artículos muy importantes de la religión, prepararse un gran combate contra la Iglesia, bajo el nombre de la filosofía cartesiana.", Bossuet mismo era cartesiano; no quiere admitir que Descartes sea culpable; cree que se entienden mal sus principios, lamenta que las consecuencias que se sacan de él contra el dogma le hagan odioso. En realidad, aquellas consecuencias se deducen lógicamente en los principios. "Bajo el pretexto, continúa Bossuet, de que no debe admitirse más que lo que se entiende con claridad, cada cual se toma la libertad de decir: Yo entiendo esto, y yo no entiendo aquello, y por esta razón se aprueba y se rechaza todo cuanto se quiere.", Bossuet hubiera querido limitar el principio de la evidencia á la filosofía pura excluyendo de él á la teología; pero los principios y el espíritu humano no se dejan recortar de esta manera. "Se introduce, dice Bossuet, una libertad de pensar que hace que, sin respeto á la tradición, se diga temerariamente todo cuanto se piensa. Jamás se ha manifestado tanto este exceso como en el sistema de Malebranche, porque en él encuentro á la vez los inconvenientes de todas las sectas, y en particular los del pelagianismo.", Bossuet hace notar, además, otro hecho. El mal se difundía por la sociedad, y allí estaba el gran peligro de lo que el obispo de Meaux censuró enérgicamente como una herejía: "Esta palabra os extrañará, dice, pero no la digo sin motivo. Yo hablo ante los ojos de Dios y teniendo presente su temible juicio, como un obispo que debe velar por la conservación de su fe. *El mal crece*. Á la verdad, yo no veo que los teólogos se

declaren en vuestro favor; por el contrario, se levantan todos contra vosotros. Pero vosotros enseñáis á los laicos á despreciarlos. Ó yo me engaño mucho, ó yo veo formarse un gran partido contra la Iglesia, y á su tiempo se manifestará si no se trata con tiempo de ponerse de acuerdo.", (1).

Bossuet veía con claridad, y no exageraba el peligro: lo que él tenía se ha realizado, y aun ha excedido sus temores. ¿Cómo se llama la tendencia del espíritu humano á comprobar el dogma con la razón? El racionalismo. En el momento en que Bossuet murió empezaba el siglo XVIII; y ¿qué es la filosofía del último siglo más que el racionalismo llevado hasta el exceso? El germen de este racionalismo tan fatal á la fe se halla en Descartes. Malebranche cultivó la semilla lo mismo que Espinosa. La oposición irremediable entre la filosofía y una religión que dice estar por encima de la razón, y que en realidad es contraria á la razón, se manifestó en Malebranche aun más que en Espinosa, porque el filósofo francés, en su imprudente confianza, quiso explicar los misterios del cristianismo por la filosofía. Ahora bien, la filosofía no puede tocar á la religión, cuando la religión pretende ser revelada, sin alterar la fe haciéndola racional. La filosofía, por más que se llame cristiana, á menos que se limite á recitar el catecismo, procede de la razón y lleva invenciblemente á no aceptar más que lo que es conforme á la razón. En vano pretende la fe que es idéntica con la razón; en su esencia misma le es hostil. El cristianismo, ó no es nada, ó es la reprobación de la naturaleza; y si la reprueba, es porque la cree viciada por el pecado original; su objeto, y no tiene otro, es reparar la naturaleza decayida por la acción sobrenatural de la gracia. Todo es, pues, sobrenatural en el cristianismo, al paso que la filosofía trata de traer todo á la razón. ¿Cómo conciliar con la razón un dogma que se funda en un elemento sobrenatural? Tenemos siempre el círculo que quiere convertirse en cuadrado. La conciliación no se verifica más que transformando los dogmas en verdades racionales, lo cual es el fin de la religión revelada.

§ IV.—Leibnitz.

I

Hé aquí otro filósofo que pretende conciliar la fe y la razón, el cristianismo y la filosofía: Leib-

(1) BOSSUET, *Correspondencia*, t. XVII, p. 154 y p. 203-205.